

Relaciones Interpersonales

El Pastor y los demás

Timothy Erickson

En su vocación pastoral, el pastor tiene relaciones con una variedad de personas, sus compañeros en el trabajo, sus miembros fieles, sus miembros inactivos, los ciudadanos de la comunidad en que vive, aún con los enemigos de la iglesia. Para ayudarnos a tratar con esas relaciones personales, nos sirve un repaso de nuestros principios de la teología pastoral. En la distinción entre la ley y el evangelio, aprendemos algo que nos puede ayudar. Podemos hacer esto con dos preguntas, ¿qué es lo que pensamos de nosotros mismos? y ¿qué es lo que pensamos de nuestro prójimo?

Podemos comenzar con un recuerdo de nuestra propia naturaleza. Pablo dice, "a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener" (Romanos 12:3). Leemos las palabras de San Pablo en la carta a los Romanos, "todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. ... Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:9-12, 22, 23). Pablo escribe de sí mismo algunas palabras que también se aplican a nosotros. "Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. ... Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. ... ¡Miserable de mí! (Romanos 7:15, 19, 24). El pastor nunca debe olvidar que él es un pecador miserable que solo merece la condenación. Muchas veces no recordamos esto y nuestras relaciones dan una indicación que nosotros pensamos que somos mejores en alguna manera.

Una consideración de nuestro estado pecaminoso nos lleva a la humildad, un atributo que es muy importante en nuestras relaciones interpersonales. No debemos pensar que somos mejores que ningún otro ser humano. Por naturaleza todos somos pecadores, cien por ciento malos. No debemos tener "más alto concepto de nosotros que el que debiéramos tener".

Es por causa de nuestro pecado que Cristo vino al mundo para redimirnos. No nos hemos redimido a nosotros mismos. Nadie puede jactarse, diciendo que él es mejor que otras personas. Es puramente por la gracia de Nuestro Señor que hemos sido librados.

El evangelio es otra cosa que debemos recordar cuando estamos tratando de nuestras relaciones interpersonales. Cristo murió por nosotros siendo nosotros enemigos. No tenemos valor en nosotros mismos, pero Cristo nos ama y pagó el precio más alto para nuestro beneficio. Dio su vida y derramó su sangre. Sufrió las penas eternas del infierno cuando estaba en la cruz. "La paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). Cristo tomó nuestro lugar, recibiendo esa paga por nosotros. Valemos un precio infinito para Cristo.

El evangelio no solamente nos ha salvado, sino también nos muestra el ejemplo de Jesucristo. El ejemplo de amar, el ejemplo de respeto, el ejemplo de servicio, el ejemplo de abnegación. Si Cristo pagó tan alto precio para nosotros, nosotros podemos devolver un poco haciendo nuestra parte en tratar con nuestro prójimo en la misma manera que Cristo trató con

nosotros. "Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso" (Lucas 6:36).

Es a base de nuestro estado bajo la Ley y bajo el Evangelio que nosotros ponemos en práctica la relaciones interpersonales. Todo nuestro comportamiento fluye de nuestro estado bajo la ley que ha sido cambiado a causa del evangelio. Las relaciones interpersonales son guiadas por los frutos del evangelio.

El amor es un fruto del evangelio. Leemos en la primera carta de San Juan, "Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios... En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros" (1° Juan 4 7, 10-11). Jesús dijo "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mateo 22:37-39). Aún nos ha dicho, "Amad a vuestro enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mateo 5:44).

De estas palabras concluimos que Dios quiere que amemos a todos, a nuestra hermano, pero no solamente a él, sino también a nuestro prójimo, pero tampoco solamente a él, sino también a nuestro enemigo. ¿Estamos practicando tal amor en nuestras relaciones interpersonales?

Vemos lo que significa este amor. La palabra para el amor que vemos en todos estos pasajes es ágape. Su significado principal no es el amor de un sentimiento, sino el amor de voluntad. Es el amor que quiere verdaderamente lo mejor para el otro. Pone el otro en primer lugar, que deseamos lo mejor para él aún antes de nuestros propios deseos y que estamos dispuestos a trabajar por el beneficio de él aún si nos cuesta algo para nosotros. La mejor descripción de este amor se encuentra en 1° Corintios 13. Vemos algunos de estas palabras. "El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta." (1° Corintios 13:4-7).

La actitud del amor es una actitud de servicio. No es una actitud de servicio propio para engrandecerme a mí, sino un servicio verdadero para el otro, sea mi amigo, mi hermano, mi prójimo, o mi enemigo. Yo busco lo mejor para él.

La segunda tabla de la ley nos muestra lo que hacemos para amar a nuestro prójimo. Todos los siete mandamientos hablan de nuestras relaciones interpersonales. Esta tabla sirve como guía para nosotros cuando tratamos con otras personas. Creo que las enseñanzas de los mandamientos que tratan de la vida, el cuerpo y la propiedad son bien conocidas por nosotros. Sabemos que el cristiano no roba, no mata, y no comete adulterio. El octavo mandamiento se refiere más a la presente discusión de relaciones interpersonales.

El mandamiento es "No hablarás contra tu prójimo falso testimonio." Cuando Lutero contesta la pregunta, "¿Qué significa esto?", él nos muestra que el mandamiento refiere no solamente a la mentira, sino a la manera en que hablamos en general. Se refiere a todos los actos que salen de nuestra boca en forma de palabras. La respuesta es, "Debemos temer y amar a Dios de modo que no mintamos contra nuestro prójimo, ni le traicionemos, ni le calunniemos, ni le difamemos, sino que le disculpemos, hablemos bien de él e interpretemos todo en el mejor sentido."

Nuestro catecismo dice "Interpretar todo en el mejor sentido es con amor cubrir las faltas y defectos del prójimo y explicar en su favor todo lo que admita un buen sentido" (pregunta 72).

Usa el pasaje de 1° Pedro 4:8, "El amor cubrirá multitud de pecados." Nuestra naturaleza pecaminosa tiene la tendencia de interpretar todo en el peor sentido y descubrir el pecado. A veces pensamos mal de lo que hace nuestro prójimo sin averiguar exactamente qué es lo que ha hecho.

Pensamos lo mejor posible de otras personas, con respeto para con todos, aún para el vagabundo que encontramos en la calle. No despreciamos a nadie. El desprecio de otras personas, el odio, el enojo, no son actitudes que corresponden a la vida cristiana. "Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?" (1° Juan 4:20). Jesús dijo, "cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio" (Mateo 5:22). Jesús compara el odio y el enojo con el asesinato.

"No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados" (Lucas 6:37). Hace tres semanas el pastor José Luis la Torre predicó sobre este evangelio del Quinto Domingo después de Pentecostés. Quiero citar algunos de sus comentarios. "Jesús nos llama a no aplicar la ley a simple visto, como si nosotros mismos estuviéramos más allá de la ley, como si nosotros no estuviéramos bajo su juicio también." no pueden creerse mejores en ningún sentido moral o legal. Ninguno está libre de reproche. debemos mostrar misericordia, o sea, comprensión de la situación miserable en la cual se encuentra el otro. Situación de la cual uno mismo no está libre. Antes de juzgar a otros mirarte tal cual eres, y eso implica, no mirarte con los lentes de tu propia ley o moral, Sino mirarte con los anteojos de la palabra de Dios, con la ley de Dios, que quiere mostrarte crudamente y descarnadamente quizás tus pecados, no para que te mueras de la pena al descubrir tu verdadero yo, sino para que arrepentido reconozcas que necesitas del amor y la misericordia de Dios que te llega por medio del evangelio de Jesús.

Hemos visto las palabras, "no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener." Comparamos esas palabras con estas, "Estimando cada uno a los demás como a superiores a él mismo" (Filipenses 2:3). Así es el amor, la otra persona merece más consideración que yo. Yo buscaré el bien de la otra persona aún antes de mi propio bien.

El contraste que hace San Pablo entre las obras de la carne y los frutos del Espíritu también nos presenta con muchos consejos y deberes en cuanto a las relaciones interpersonales. En casi todas las epístolas Pablo escribe sobre las relaciones interpersonales. En la carta a los Gálatas, él incluye como obras de la carne, "enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones" (5:20). A los efesios escribe, "Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia" (4:31). A los colosenses, "dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia" (3:8).

En lugar de estas cosas, escribe, "Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gálatas 5:22-23). "Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo" (Efesios 4:32). "Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia, soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros" (Colosenses 3:12-13).

Los requisitos para obispos también incluyen estas cosas, "no pendenciero, ... amable, apacible" (1° Timoteo 3:3). "Es necesario que el obispo sea irreprochable, como administrador de Dios; no soberbio, no iracundo, ... no pendenciero, ... amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, dueño de sí mismo" (Tito 1:7, 8). Las epístolas pastorales

He seleccionado algunas palabras del comentario de Lutero sobre estos versículos. "Quien aspire al oficio de obispo debe ser un hombre de corazón justo, sincero, fundamentalmente bueno, un modelo de piedad." "Quien desee ser obispo debe ser hombre de corazón y no ambicionar ninguna gloria." "Debe manejar adecuadamente la situación. Debe escuchar y responder con suavidad. Debe aconsejar con prudencia sin insistir en su propia opinión. Debe usar el sentido común de manera que sea un placer tratar con él. No es ruidoso, no es imprudente." "No puede ser una persona violenta que azote a los demás con su lengua." "Un obispo tampoco ha de ser un hombre pendenciero a quien le guste pelear con los demás por la menor cosa.." "Pablo dice: 'Te compete, oh obispo, cuidar de lo que los hermanos piensen de ti. En el desempeño del ministerio, estás expuesto a la vista de hombres y mujeres. Por tanto, has de vivir de tal modo que los paganos se vean obligados a cerrar la boca "al no tener nada malo que decir de vosotros"(Tito 2:8).

Recordamos las palabras que todos hemos estudiado en nuestro texto de la teología pastoral, El Pastor Bajo Cristo. "Puesto que el servicio que el pastor rinde obviamente le va a relacionar con toda clase de gente, el Señor también requiere esas cualidades que tienen que ver con su actitud hacia los demás. Puesto que la segunda tabla de la ley gobierna nuestras relaciones y actitud hacia nuestro prójimo, el pastor ha de ser 'justo,' conformándose a esta norma divina. Específicamente se le dice que no sea provocativo ni pedante, sino más bien 'paciente,' mostrando 'mansedumbre' (2° Ti. 2:25 [Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad]). Puesto que nuestro Señor Jesús se atribuye la mansedumbre (Mt. 11:29) y sin embargo pudo ser firme y cortante cuando la situación lo exigía, es evidente que la paciencia y la mansedumbre no se deben confundir con la debilidad o una disposición de ceder en principio para evitar problemas. Puesto que ocasionalmente tanto en su doctrina como en su práctica se levantarán oposición y abuso, el pastor tiene que 'soportar las aflicciones' (2° Ti. 4:5) sin buscar la venganza o aplastar al oponente."

Sobre los atributos, "apacible," "no iracundo" y "no pendenciero" los autores escriben, "El pastor que es como un gallo de pelea y que está siempre listo a entrar en peleas no refleja el espíritu de su Señor (Lucas 9:55-56). El mero hecho de que el Señor ha creado a individuos, siendo algunos más belicosos en su temperamento que otros, significa que algunos necesitan más esfuerzo que otros para controlar sus temperamentos. 'La ira del hombre no obra la justicia de Dios' (Stg. 1:20). El hombre que se deja arrastrar por su temperamento ha perdido su causa."

Ahora quiero referir a un pequeño libro que nos indica algunos de los errores en que los pastores pueden caer, Superando las Trampas Pastorales (Overcoming Pastoral Pitfalls por Kurt Brink. Escribe sobre lo que uno debe pensar de sí mismo, así evitando el pecado de orgullo, soberbia y vanidad (paráfrasis): La Escritura advierte contra este pecado y lo castiga. Pablo dice, "El que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña" (Gálatas 6:3). Pregunta a los corintios, "¿quién te hace superior? ¿Y qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?" (1° Corintios 4:7). Pedro exhorta, "y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad, porque «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes». Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo" (1° Pedro 5:5-6). Y Pablo otra vez, "Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno" (Romanos 12:3).

Comentando sobre los atributos de las epístolas pastorales, el autor escribe (en paráfrasis): Los ministros que han estado en la vocación por un tiempo pueden comprender las dificultades en cumplir con las palabras en el pastoreo diario. Un miembro puede llegar a estar muy enojado en una asamblea, a veces sin un buen motivo. Cuando esto pasa, el pastor debe, por la gracia de Dios, mantener la calma y no responder de una manera similar. Las Escrituras animan al pastor a sufrir lo malo, más bien que hacer lo malo. Pastores que son como un toro en la tienda de cerámicas en una reunión de la congregación perderán su reputación delante de los miembros y pueden poner a riesgo su ministerio en esa parroquia. El libro de los Proverbios ofrece estas joyas de la sabiduría divina: "El que fácilmente se enoja hará locuras" (14:17). "El hombre iracundo promueve contiendas; Mas el que tarda en airarse apacigua la rencilla" (15:18). "La blanda respuesta quita la ira; Mas la palabra áspera hace subir el furor" (15:1). Nosotros los pastores debemos estar prontos a decir; "Lo siento; por favor, perdónenme," cuando fallamos, y no guardar rencor contra la persona que nos ha ofendido.

Escriben de la falta de voluntad para soportar el rechazo y la persecución por Cristo: Ningún seminarista debe entrar en esta vocación ciego al hecho de que nuestro Señor dijo a sus discípulos: "Seréis odiados por todos por causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el fin, este será salvo" (Mateo 10:22). Su mentor recuerda a Timoteo: "El siervo del Señor debe ser ... sufrido" (2° Timoteo 2:24). La recompensa que recibió San Pablo por haber exaltado la cruz de Cristo era exactamente la que su Maestro había predicho: "nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y respondemos con bondad; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos" (1° Corintios 4:12-13). Según la tradición, todos los doce discípulos del Señor, con la excepción de Juan, murieron como mártires, así como el apóstol Pablo. Cristianos y pastores cristianos de todos los siglos los han seguido por la gracia de Dios y en la fuerza que les dio su Salvador humilde, como declara el apóstol Pedro: "Lo que merece aprobación es que alguien, a causa de la conciencia delante de Dios, sufra molestias padeciendo injustamente, pues ¿qué mérito tiene el soportar que os abofeteen si habéis pecado? Pero si por hacer lo que es bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Para esto fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas. El no cometió pecado ni se halló engaño en su boca. Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente. Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia. ¡Por su herida habéis sido sanados! Vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas" (1° Pedro: 19-25). Es muy difícil ser un buen y fiel pastor; si no por la gracia de Dios, ¿no habría sobrevivientes!

Escriben de la necesidad de mantener la paz en la congregación: El líder pastoral necesita trabajar diariamente para preservar la unidad del espíritu en el vínculo de paz en la parroquia que sirve. Contienda y amargura y falta de unidad son la regla en algunas congregaciones cristianas; la falta de armonía entre el pastor y el pueblo es común. El evangelio de Cristo no prosperará en tal ambiente, y las congregaciones no crecen mientras tales condiciones existen. ... La siguiente es una lista de sugerencias:

1) El pastor necesita estar lleno de fe en Cristo como su Salvador personal del pecado y lleno de un profundo amor a su Salvador y a la gente que sirve.

2) El pastor necesita constantemente nutrir la fe de los miembros por medio de la palabra en sus sermones.

3) El pastor luchará contra del diablo y no contra los miembros.

4) El pastor debe ser apacible y pacífico. Debe luchar para controlar su temperamento. Muestras de ira pueden causar divisiones y negar el ministerio del evangelio.

5) Debe haber buenas comunicaciones. Miembros bien informados contribuirán a la cohesión de la congregación.

6) El pastor no se exaltará sobre los miembros. No somos señores sobre la herencia de Dios, sino siervos, tal como nuestro Señor no vino para ser servido, sino para servir.

7) El pastor estimará a sus miembros. La iglesia es el pueblo. El pastor respetará los miembros por su oficio.

8) El pastor confiará en los miembros, en la junta. Escuchará sus consejos para mejorar su ministerio entre ellos.

9) El pastor ayudará la congregación en la selección de su junta, buscando la persona más apta para cada posición de autoridad en la congregación.

10) El pastor buscará sabiduría y un buen sentido común en sus relaciones con sus miembros. No insistirá en que sus ideas son las mejores. Si la congregación no acepta sus ideas, se retrocederá y mostrará paciencia, pensando que su idea servirá en otra oportunidad. No se molestará con los miembros que no aceptan sus ideas.

11) El pastor no participará en las facciones en una congregación. Mantendrá buenas relaciones con todos los miembros, aún con los que le oponen.

Algunos notarán que Dios mismo se enojó en la Biblia. Cuando Dios se enojó siempre era por causa de alguna actividad que resultaría en que personas dejen de creer o no lleguen a creer en el evangelio. Jesús se enoja con los fariseos, llamándoles "Generación de Víboras" porque estaban engañando a la gente y mostrando un falso camino a la salvación. El caso de los vendedores en el templo es similar, inhibiendo que las personas pongan en práctica su fe salvadora. Jesús dijo, "Cualquiera que haga tropezar (es decir, causar que no crea en él) a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar" (Mateo 18:6). En contraste, al enfrentarse con los pecadores, Jesús siempre mostró compasión, perdonando los pecados. Además, Dios (Jesús) tiene pleno derecho de enojarse porque él es perfecto. Un imperfecto no tiene tal derecho.

Dios no quiere que la ira, el enojo, el regaño, la gritería, sea una parte de nuestras relaciones interpersonales.

Pongamos en práctica la humildad, la paciencia, la compasión

Me gusta el poema de Rudyard Kipling: Si puedes mantener la cabeza cuando todo a tu alrededor pierde la suya y por ellos te culpan, si puedes confiar en ti cuando de ti todos dudan, pero admites también tus dudas; si puedes esperar sin cansarte en la espera, o ser mentido, no pagues con mentiras, o ser odiado, no des lugar al odio, y — aun — parezcas demasiado bueno, ni demasiado sabio.

Tuya es la tierra y todo lo que en ella habita, Y — lo que es más --, serás Hombre, hijo.

T. Erickson Agosto de 2003